

Universidad, inteligencia artificial y algoritmocracia

UNIVERSITY, ARTIFICIAL INTELLIGENCE AND ALGORITHMOCRACY

Ricardo Falla-Carrillo¹

Universidad Antonio Ruiz de Montoya de Lima
ricardo.falla@uarm.pe

RESUMEN: La integración de la IA en la universidad redefine lo que significa “saber” y “comprender”. El artículo explora cómo la IA, al intensificar la racionalización weberiana, amenaza la autonomía y libertad académicas, transformando la universidad en un espacio de “algoritmocracia”. Se argumenta que la hermenéutica es fundamental para resistir la mercantilización del conocimiento y redefinir la universidad como un espacio de sabiduría y diálogo frente a la “jaula de hierro” algorítmica. La reflexión crítica sobre las implicaciones éticas y de sentido es esencial para construir una realidad universitaria que priorice el florecimiento humano sobre la eficiencia instrumental.

PALABRAS CLAVE: inteligencia artificial, universidad, hermenéutica, racionalización, conocimiento.

¹ <https://orcid.org/0000-0002-7892-0232>

ABSTRACT: The integration of AI into the contemporary university represents a profound redefinition of what it means to ‘know’ and to ‘understand’. This article explores how AI, by intensifying Weberian rationalization, threatens academic autonomy and freedom, transforming the university into a space of ‘algorithmocracy’. It is argued that hermeneutics is crucial for resisting the commodification of knowledge and for redefining the university as a space of wisdom and dialogue in the face of the algorithmic ‘iron cage’. Critical reflection on its ethical and meaningful implications is essential for constructing a university reality that prioritizes human flourishing over instrumental efficiency.

KEYWORDS: artificial intelligence, university, hermeneutics, rationalization, knowledge.

La universidad y la revolución algorítmica

La institución universitaria enfrenta una transformación radical impulsada por la irrupción de la ‘inteligencia artificial’ (IA) y la inminente llegada de la ‘superinteligencia artificial’ (ASI) (IBM, s.f.). Esta mutación redefine lo que significa ‘saber’ y ‘comprender’ en un contexto donde el conocimiento ya ha sido sometido a lógicas de eficiencia y cuantificación. Este panorama evoca, y al mismo tiempo intensifica, la “jaula de hierro” weberiana, una racionalización instrumental que ya amenaza la autonomía crítica de la universidad, encapsulándola en una lógica de eficiencia y control. Nuestro análisis explora cómo en la algoritmocracia, la IA no solo consolida estos procesos, sino que también plantea la posibilidad de una ruptura fundamental.

Los objetivos son analizar cómo la IA determina el conocimiento académico, explorar la cosmovisión que emerge de la intersección entre conocimiento, universidad e IA, desentrañar los peligros de la “universidad algorítmica” en relación con la “racionalización instru-

mental” weberiana y proponer la hermenéutica como herramienta para salvaguardar la autonomía intelectual

Marcos teóricos: inteligencia artificial y hermenéutica

Nuestro marco teórico recurre a las aportaciones de Reinhart Koselleck (2003) sobre la aceleración del tiempo, Paul Virilio (2009) y su ‘accidente original’, y Karl Popper (1994) con sus ‘tres mundos’, quienes junto con las perspectivas de Ludwig Wittgenstein sobre el lenguaje (Molino y Tagliabue, 2023, p. 3) proporcionan un andamiaje crítico. A estos pilares se suma la reflexión de Hans-Georg Gadamer (2002) sobre la hermenéutica filosófica. Además, se integran los conceptos de Max Weber sobre la racionalización y la ‘jaula de hierro’, reinterpretados y aplicados a la IA por Jakob Mökander y Ralph Schroeder (2024, p. 1359), para profundizar en el análisis del impacto de la IA en las estructuras institucionales y las relaciones sociales universitarias.

En *Aceleración, prognosis y secularización*, Koselleck (2003) postuló que la modernidad se define por una experiencia temporal donde las “expectativas se alejan de las experiencias previas” (p. 20). Esta ‘modernidad velociferina’, marcada por el ‘acortamiento del tiempo’ y la ‘aceleración’, difiere de la herencia apocalíptica cristiana al ser un fenómeno intrahistórico impulsado por la acción humana y el progreso científico-técnico. La IA, al procesar datos a velocidades sin precedentes y automatizar la investigación, amplifica esta aceleración, reduciendo el ‘presente’ a un ‘tiempo de tránsito perennemente huero’. La preocupación de Koselleck por la ‘pandemia de la prisa’ y el ‘encogimiento del presente’ (*Gegenwartsschrumpfung*), potencialmente exacerbados por la IA, cuestiona como el ritmo acelerado de producción de conocimiento afecta la reflexión profunda y el cultivo de la sabiduría (Koselleck, 2003, p. 11, pp. 37-39). Esta visión es crucial: la velocidad, impulsada por la IA no es neutral; puede erosionar la capacidad universitaria para la contemplación y

la maduración del pensamiento, esenciales para un conocimiento profundo. La ‘pandemia de la prisa’ se traduce en presión por la publicación rápida y resultados inmediatos, socavando la calidad de la investigación.

Paul Virilio, en *El accidente original* (2009), desarrolló la noción de ‘dromología’, como fuerza de aceleración inherente a la organización social y tecnológica. Así, cada invención conduce a su ‘accidente original’: “Si inventar la *sustancia* es, indirectamente, inventar el *accidente*, más dramático es este último cuanto más poderosa y eficaz es la invención” (p. 25; énfasis en el original). La velocidad altera nuestra percepción del espacio-tiempo y las relaciones humanas. La obsesión por la inmediatez y la tiranía del tiempo real en la era digital son manifestaciones de esta ‘dromología’:

Una sociedad que privilegia de manera desmedida el presente y el *tiempo real*, incluso a expensas del pasado y del futuro, privilegia también el accidente. Puesto que a cada momento ocurre de todo y casi siempre de formar imprevista, una civilización que se desenvuelve en la inmediatez, la ubicuidad y la instantaneidad pone en escena el accidente, la catástrofe. (Virilio, 2009, p. 44)

La universidad, al integrar IA que promete inmediatez y eficiencia, se somete a esta lógica. La virtualización del aprendizaje y la reducción de interacciones a intercambios de datos ejemplifican cómo la velocidad altera la experiencia académica. La IA, al comprimir tiempos de procesamiento, impone un ritmo que desborda al ser humano, llevando a una alienación donde, aunque somos causa de lo producido, no somos sus soberanos. La ASI, con su capacidad de generar conocimiento a velocidad sobrehumana, representa el clímax de esta dromología, llevando al límite la asimilación y crítica humana. Virilio advierte que la fascinación por la velocidad puede cegarnos a los ‘accidentes’ tecnológicos, sus consecuencias no deseadas. En la universidad, esto se manifiesta en la adopción acrítica de IA sin evaluar sus impactos a largo plazo en la calidad del conocimiento y

la autonomía. Su dromología insta a una vigilancia constante sobre el ritmo y la dirección del cambio tecnológico.

La teoría de los ‘tres mundos’ de Karl Popper fue ampliamente desarrollada en su obra *El universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo* (1994). En ella, el filósofo austriaco distinguió tres mundos, a saber: ‘mundo 1’ (objetos físicos), ‘mundo 2’ (experiencias subjetivas/mentales) y ‘mundo 3’ (contenidos objetivos del pensamiento). Esta teoría ofrece una estructura para analizar la interacción entre IA y conocimiento. El ‘mundo 2’, con experiencias subjetivas, media la interacción entre ‘mundo 1’ y ‘mundo 3’. El ‘mundo 3’, creación humana, posee existencia objetiva con implicaciones inesperadas. La IA opera en esta interconexión: procesa datos del ‘mundo 1’ en una especie de ‘mundo 2’ extendido (algoritmos) y contribuye a los contenidos del ‘mundo 3’ (nuevas teorías) (Ziosi, 2018, p. 2). La pregunta fundamental es cómo la IA mediará nuestro acceso e interpretación del ‘mundo 3’ y cómo redefinirá su estructura. La capacidad de la IA para formular hipótesis y teorías (Amayreh y Amayreh, 2025, p. 478) plantea la pregunta sobre si estas creaciones algorítmicas residen en el ‘mundo 3’ y cómo se validan. La distinción de Popper es crucial: la IA puede operar en el ‘mundo 1’ y en el ‘mundo 3’, pero su relación con el ‘mundo 2’ (comprensión humana) es compleja. La universidad debe asegurar que la mediación de la IA no opaque la comprensión humana ni desplace la agencia interpretativa del investigador, manteniendo la primacía de la conciencia crítica.

Las ideas tardías de Ludwig Wittgenstein —especialmente su énfasis en la tesis de que “el significado de las palabras se deriva de su uso en el lenguaje”— tienen profundas implicaciones para la IA y el conocimiento académico (Molino y Tagliabue, 2023, p. 3). Esta ‘tesis del significado es uso’ ha influido en el procesamiento del lenguaje natural (PLN) y el aprendizaje automático, donde los algoritmos aprenden representaciones de palabras por coocurrencia. Sin embargo, Wittgenstein enfatizó que el lenguaje no es autorreferencial, sino que se mezcla inextricablemente con la actividad extralingüística. La alfabetización en IA futura requerirá no solo habilidades técnicas,

sino también competencia hermenéutica y crítica para decodificar los productos de la IA y cuestionar su autoridad. La crítica se convierte en un desvelamiento de los mecanismos de control y racionalización que la IA, bajo lógicas capitalistas, puede imponer. La perspectiva de Wittgenstein nos obliga a ir más allá de la funcionalidad del lenguaje de la IA, examinando su uso, contextos y fines. La ‘alfabetización en IA’ debe ser filosófica y crítica, capacitando a los estudiantes para interrogar suposiciones, sesgos y agendas implícitas en los sistemas de IA, y resistir la naturalización de sus ‘significados’ como verdades incuestionables.

Las ideas de Hans-Georg Gadamer, en su *Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica* (2002), ofrecen una base fundamental para analizar el rol de la universidad en la era de la IA. Gadamer entiende la hermenéutica no solo como un método, sino como una ‘praxis artificial’ o *techne*. Esta *techne* abarca el arte del anuncio, la traducción, la explicación y la interpretación, e implica la comprensión subyacente cuando el sentido es ambiguo. La hermenéutica implica una ‘transferencia de sentido’ entre mundos. En la universidad y la IA, la hermenéutica gadameriana es crucial para interpretar críticamente los ‘mensajes’ de la IA. La universidad del futuro deberá ‘traducir’ y ‘explicar’ los resultados complejos de la IA para hacerlos comprensibles. La ‘libertad’ inherente a la traducción es esencial para que la universidad no se limite a replicar productos algorítmicos, sino que los interprete con autonomía. Esto implica una comprensión profunda del ‘sentido auténtico de lo manifestado’ por la IA, más allá de la lógica de los enunciados. Gadamer señala que la hermenéutica, incluso en su conexión con la *mántica*, se refería a “comprender y exponer algo reservado: un discurso extraño o la opinión no expresada de otro” (p. 58). En la era de la IA, los algoritmos y grandes modelos de lenguaje son ‘discursos extraños’ que requieren explicación para desvelar su ‘sentido profundo’ (*hyponoia*). La ‘alfabetización en IA’ futura debe incorporar esta ‘competencia hermenéutica y crítica’ para ‘decodificar’ y ‘cuestionar la autoridad’ de los productos de la IA. La hermenéutica, según Gadamer, ha desarrollado una ‘conciencia metodológica’ que

busca justificación teórica, vital para que la universidad analice y critique la IA. Gadamer resalta la búsqueda de una ‘nueva comprensión’ y el “rescate y renovación de un sentido originario encubierto o desfigurado” (p. 60), análogo a la necesidad de la universidad de comprender los principios de la IA más allá de aplicaciones superficiales, para evitar la ‘distorsión, desplazamiento o abuso’ de la racionalización algorítmica. La hermenéutica gadameriana es el antídoto contra la instrumentalización del conocimiento, al recordar que la comprensión es un proceso activo de fusión de horizontes, no una recepción pasiva de datos.

El concepto de ‘racionalización’ de Max Weber, desarrollado en *Economía y sociedad* (2002), es central para comprender el impacto de la IA en la sociedad y la universidad. Weber entendió la racionalización como un proceso a largo plazo donde las creencias tradicionales son reemplazadas por reglas basadas en la lógica y la eficiencia instrumental. En el Estado, la racionalización es sinónimo de burocratización, un aparato de reglas predecibles e impersonales. La ventaja es la igualdad de trato y eficiencia; la desventaja es la ‘jaula de hierro’ de Weber que restringe la libertad al reducir la autonomía individual. Jakob Mökander y Ralph Schroeder (2024, p. 1360) analizan la IA desde esta perspectiva: argumentan que el uso de IA en el sector público es una ‘continuación e intensificación’ de procesos de racionalización y burocratización. El núcleo es el reemplazo de la tradición por la ‘racionalidad instrumental’, la forma más calculable y eficiente de lograr objetivos. Las críticas a la IA provienen de tensiones weberianas: calculabilidad, eficiencia, predictibilidad, impersonalidad, que corresponden a los objetivos de la investigación en IA. La IA no solo automatiza tareas rutinarias, sino que “informa u optimiza políticas” mediante “experimentos a gran escala en tiempo real” para “moldear actitudes y preferencias”, razonan Mökander y Schroeder (2024, p. 1362). La ‘jaula de hierro’ se intensifica porque la IA, al funcionar ‘demasiado bien’, instrumentaliza a las personas. Esto aumenta el ‘control centralizado’ y entra en conflicto con la autonomía individual. Aunque su análisis se centra en la política fiscal, es extensible a la universidad: la búsqueda de ‘excelencia’ cuantificable y la optimización algorítmica

de currículos son manifestaciones de esta racionalización instrumental. Los autores sugieren que la IA puede beneficiar al exigir que los ‘fines normativos’ sean ‘explícitos’ y ‘formalizados’, sometiéndolos a ‘escrutinio público’, ‘deliberación’ y ‘debate’ (Mökander y Schroeder, 2024, pp. 1362-1366). Esto, sin eliminar tensiones, puede forzar una clarificación de valores. La ‘jaula de hierro’ algorítmica es una realidad inminente que la universidad debe confrontar.

Evolución histórica y racionalización universitaria

El viaje de la universidad es una proeza de adaptación, desde la Academia platónica hasta la mega-universidad globalizada actual (Readings, 1996, p. 1). Cada época ha forjado su impronta, respondiendo a transformaciones sociales y epistemológicas. Sin embargo, la era de la IA marca un quiebre cualitativo sin precedentes. A diferencia de revoluciones industriales anteriores, que transformaron herramientas sin desafiar la primacía de la cognición humana, la IA introduce un ‘cocreador activo’ en el conocimiento. Según Amayreh y Amayreh (2025, p. 478), el conocimiento emerge de una ‘interacción dinámica y dialógica’ entre humanos y sistemas de IA: la IA actúa como ‘amplificador cognitivo’ y la cognición humana como ‘filtro interpretativo’. Históricamente, la interpretación y el filtro eran dominios exclusivamente humanos; ahora, están permeados y co-construidos por entidades no humanas. Para calibrar este quiebre, es instructivo revisar cómo la universidad se ha posicionado históricamente frente a las revoluciones industriales.

La primera revolución industrial y la adaptación periférica de la universidad: la ausente mirada interpretativa

Durante la primera revolución industrial, las universidades tradicionales europeas tuvieron un papel periférico en la innovación tecnológica

directa. Las invenciones clave provinieron de artesanos y hombres prácticos, no de los claustros académicos. La universidad contribuyó de forma indirecta al sentar las bases del pensamiento racional y científico. La respuesta más directa fue la creación de escuelas técnicas y politécnicas, como la École Polytechnique, para formar a los ingenieros y técnicos que la industria demandaba. Esta etapa mostró una resistencia de la universidad a adaptarse a las necesidades industriales, lo que llevó al surgimiento de nuevas instituciones más instrumentalizadas. Desde la perspectiva de Gadamer (2002), la universidad de este período careció de una hermenéutica aplicada para comprender los fenómenos industriales, lo que limitó su capacidad de integrar y dar sentido a estas nuevas formas de conocimiento. Esto resultó en una brecha entre el conocimiento académico y las demandas de la sociedad. Esta lección histórica resalta la importancia de una hermenéutica proactiva que permita a la universidad anticipar y comprender las transformaciones tecnológicas en lugar de reaccionar tardíamente a ellas.

La segunda revolución industrial y el auge de la universidad científica: hacia la fragmentación del saber

La segunda revolución industrial transformó radicalmente el papel de la universidad, convirtiéndola en un motor de I+D. La ciencia de laboratorio y la investigación se integraron en el proceso industrial, y disciplinas como la química orgánica y la ingeniería eléctrica se desarrollaron en laboratorios universitarios, creando industrias enteras. La universidad pasó a ser reconocida como un motor económico y social, produciendo conocimiento para la industria. Sin embargo, esta época también sembró las bases de la racionalización weberiana. La especialización, estandarización y burocratización promovieron la eficiencia, pero fragmentaron el conocimiento en departamentos, perdiendo su búsqueda holística. Esto sentó los primeros indicios de una lógica instrumental que suplantaría la misión intelectual de

la universidad. La hermenéutica de Gadamer (2002) permite ver cómo la “comprensión” se fragmentó, haciendo más difícil la “tarea de la traducción” entre disciplinas. La fragmentación del saber, impulsada por la racionalización y la eficiencia, sentó las bases para la mercantilización del conocimiento. La universidad se convirtió en una “fábrica” de conocimiento especializado, perdiendo su capacidad de generar una comprensión integral.

La tercera y cuarta revolución industrial y la amenaza de la jaula de hierro algorítmica: intensificación y la posibilidad de ruptura

La tercera y cuarta revolución industrial representa el desafío más formidable para la universidad. La noción de la “jaula de hierro” de Max Weber (2002) adquiere una resonancia alarmante, ya que la IA y la superinteligencia artificial, definida por la IBM (s.f) como una inteligencia muy superior a la humana, podría llevar la racionalización a su máxima expresión, transformando la universidad en una “algoritmocracia”. Esto se manifiesta en la búsqueda de la sola “Excelencia” (Readings, 1996) —un principio vacío que se alinea con las demandas del mercado global — y la optimización algorítmica de currículos.

Pero el diagnóstico no está exento de una profunda tensión. Si bien la IA puede intensificar las lógicas neoliberales, también es plausible que su irrupción masiva provoque una ruptura con el régimen de conocimiento anclado en métricas de calidad. ¿Qué valor tiene el número de publicaciones si una IA puede generarlas infinitamente? La misma tecnología que promete optimizar la “excelencia” podría, paradójicamente, hacer que las métricas de dicha excelencia colapsen, volviéndolas triviales. Es posible sostener, en este sentido, que el gran dilema de la universidad es la profunda transformación epistémica que la IA hace posible, y no solo la intensificación de problemas existentes. El análisis debe abordar de forma explícita esta

tensión: ¿la IA es la última vuelta de tuerca de la jaula de hierro o su obsolescencia radical?

Si la eficiencia se convierte en el valor supremo, la universidad corre el riesgo de ser encerrada en una lógica de producción de resultados predefinidos. John Preston (2022, p. 2) asocia el “fetichismo de la mercancía”, la “vigilancia” y la “creciente productividad”, que son los barrotes de esta jaula de hierro algorítmica, con la IA en la “universidad capitalista”. El conocimiento se convierte en un producto de datos y la autonomía académica es amenazada por sistemas que privilegian el control y la predictibilidad. Esta mutación es una ideologización hacia una universidad que prioriza la rentabilidad y la automatización sobre la libertad de pensamiento y la crítica (Preston, 2022, p. 2). La hermenéutica de Gadamer (2002) ve esto como la culminación de la racionalización, donde la libertad de interpretación es sofocada por un “sentido lógico del enunciado” algorítmico. Mökander y Schroeder (2024) advierten que los sistemas de IA, al buscar eficiencia y calculabilidad, tienden a “moldear” actitudes, socavando la noción de los humanos como “seres autodeterminados” (p. 1362). La IA no solo acelera la producción de conocimiento, sino que la somete a una lógica de optimización y control que amenaza la esencia humanista de la universidad.

Nick Bostrom (2014), en *Superinteligencia*, argumenta que los riesgos de la IA se centran en el potencial de estas entidades para la acumulación de conocimiento de forma peligrosa. Bostrom sostiene que la superinteligencia no tendría objetivos humanos y su capacidad de automejora podría llevar a una “explosión de inteligencia” que superaría la capacidad humana de controlarla. Esto podría resultar en decisiones que, aunque lógicamente coherentes con sus objetivos, sean catastróficas para los humanos. Un ejemplo de esto es la “instanciación perversa” (p. 118), donde un objetivo benigno se persigue hasta un extremo que destruye todo lo demás. Bostrom enfatiza la necesidad de un “programa de control” (p. 127) bien resuelto antes de que se desarrolle una superinteligencia para asegurar que sus valores estén alineados con los nuestros.

La universidad en ruinas: excelencia y sentido

En este panorama, las ideas de Bill Readings en *The University in Ruins* (1996, p. 1) cobran una relevancia profética. Readings argumenta que la universidad contemporánea, tras la obsolescencia de sus propósitos trascendentes —como la ‘Idea de la Razón’ alemana (inspirada en Kant y Fichte) o la ‘cultura nacional’ francesa—, ha adoptado un principio administrativo vacío: la ‘Excelencia’ (Readings, 1996, p. 21). Esta ‘Excelencia’ es un término transnacional y sin contenido sustantivo, una métrica de gestión que permite evaluar cualquier actividad (investigación, enseñanza, administración) en términos de eficiencia y rendimiento, sin que exista un fin último o un valor intrínseco que la justifique más allá de su propia cuantificación. La ‘Excelencia’ se convierte en un significante flotante, adaptable a las demandas del mercado global y de la racionalización burocrática, despojando a la universidad de su capacidad para el juicio sustantivo. La IA y la tercera revolución industrial llevan esta lógica de la ‘Excelencia’ a su clímax distópico. La capacidad de la IA para procesar *big data*, optimizar procesos y generar métricas de rendimiento con un detalle y velocidad sin precedentes, convierte la búsqueda de la ‘Excelencia’ en una racionalización algorítmica total. Las universidades se miden, no por la profundidad del conocimiento o la calidad de la formación crítica, sino por rankings, publicaciones indexadas, tasas de empleabilidad y satisfacción de ‘clientes’ (estudiantes), todos ellos susceptibles de ser optimizados por algoritmos. La IA no solo facilita esta medición, sino que la hace imperativa y ubicua, consolidando la universidad como una corporación transnacional más, guiada por la eficiencia sin fin y la autoproclamada ‘excelencia’ instrumental. La pérdida del sentido de la comunidad y el diálogo en la universidad, que Readings (1996, p. 180) ya lamentaba, se ve acelerada por la mediación algorítmica y la virtualización, donde las interacciones se reducen a intercambios de datos, fragmentando aún más la experiencia académica y transformando las relaciones interpersonales en transacciones cuantificables. La universidad se convierte, entonces,

no en un lugar de pensamiento, sino en un complejo de servicios donde el conocimiento es una mercancía y la educación, un producto optimizado para el consumo. Desde la perspectiva de Gadamer (2002), esta ‘excelencia’ vacía representa la desfiguración del sentido originario de la universidad como espacio de comprensión. La interpretación se ve amenazada por una producción masiva, pero potencialmente vacía de significado, donde la transferencia de sentido se reduce a una transmisión de datos desprovista de la profundidad hermenéutica que permite desvelar sus intenciones ocultas. La crítica de Readings a la ‘excelencia’ como un principio vacío se agudiza en la era de la IA, en la que la cuantificación y la optimización algorítmica amenazan con despojar a la universidad de su propósito intrínseco y transformarla en una máquina de producción de datos.

¿Resistencia o captura por la algoritmocracia?

El lugar de la universidad en el futuro pende de un delicado equilibrio. Una trayectoria posible es que la universidad se convierta en un nodo central en una vasta red de procesamiento de datos, una fábrica de conocimientos ultrarracionalizada por la IA. En este escenario, su valor se mediría por su capacidad para generar patentes, optimizar currículos basados en análisis predictivos de mercado y ofrecer acreditaciones académicas que se alineen directamente con las demandas cambiantes de la industria. La educación personalizada impulsada por IA, si bien promete eficiencia, también podría llevar a una estandarización disfrazada y a la pérdida de la contingencia y la diversidad en el aprendizaje. El ‘campus inteligente’, impulsado por sensores y algoritmos, podría devenir en un espacio de ‘vigilancia algorítmica’, como advierte Preston (2022, p. 2), comprometiendo la privacidad de estudiantes y profesores. Esta es la visión de la universidad atrapada en la ‘jaula de hierro’: una institución donde la racionalidad instrumental ha subyugado cualquier otra finalidad, reduciendo la riqueza de la experiencia educativa a métricas y resultados. Esta visión encaja perfectamente con la universidad de la ‘Excelencia’ de Readings

(1996, p. 21), una institución sin alma, dedicada a optimizar procesos sin un fin trascendente, donde el ‘conocimiento’ se reduce a la información procesable por las máquinas y la enseñanza se convierte en una entrega de datos eficientemente gestionada.

Sin embargo, desde una hermenéutica de la posibilidad, la universidad también puede redefinir su lugar como un espacio privilegiado de la conciencia crítica y de la autonomía intelectual, una resistencia activa a la ‘jaula de hierro’. El documento de Saubestre y Young (2025) titulado “All Aboard: The Ethics of Campus AI and Higher Education’s New Trolley Problem” subraya principios esenciales: “centrar los derechos de los estudiantes y la libertad académica”, “proteger la privacidad y minimizar los riesgos de datos” y “diseñar para la equidad y la colaboración ética” (mi traducción). Si la universidad se compromete firmemente con estos principios, su futuro lugar podría ser el de un laboratorio ético para la IA, un espacio donde no solo se desarrolle tecnología, sino donde se reflexione críticamente sobre sus implicaciones y se formen ciudadanos capaces de discernir y actuar éticamente en un mundo saturado de IA. Este sería un esfuerzo consciente por evitar que la racionalidad instrumental consuma la totalidad de la vida académica, revalorizando el pensamiento complejo y el debate abierto. La hermenéutica de Gadamer (2002) proporciona un camino para esta resistencia. Al enfatizar que la “comprensión no es una mera reproducción del producto original” y que el “sentido del autor es de dudoso valor” (p. 70), Gadamer libera a la interpretación de la tiranía de la *mens auctoris* (la intención del autor). En el contexto de la IA, esto significa que la universidad no debe limitarse a comprender lo que los algoritmos están diseñados para hacer, sino que debe ir más allá, interpretando sus implicaciones no intencionales, sus sesgos y sus efectos sociales. La hermenéutica jurídica, que Gadamer destaca por su evidente función creadora, ofrece un modelo: la interpretación de la ley no se limita a la intención del legislador, sino que eleva la razón de la ley a un auténtico canon hermenéutico. De manera similar, la universidad debe elevar la razón y los valores éticos por encima de la mera funcionalidad algorítmica, ejerciendo una función dogmática

de complementación que colme el hiato entre la generalidad de la IA y la concreción de los casos individuales. La ‘aplicación’ (*applicatio*), que Gadamer (2002, p. 74) ve inseparable de la “intelección y explicación”, no es una “subordinación de una realidad autónoma”, sino un elemento constructivo de toda comprensión. Esto implica que la IA debe ser ‘aplicada’ y contextualizada por el juicio humano, en lugar de que el juicio humano se subordine a la lógica de la IA. La universidad se enfrenta a una bifurcación: sucumbir a la lógica algorítmica o reafirmar su papel como baluarte de la crítica y la sabiduría.

Desafíos ontológicos y epistemológicos: cocreación y sentido

El futuro lugar de la universidad dependerá también de cómo gestione los “desafíos ontológicos y epistemológicos en la investigación multidisciplinaria contemporánea” que, según Montgomery (2025, p. 2), la IA puede tanto exacerbar como ayudar a resolver. La universidad podría convertirse en el principal agente para desarrollar “marcos mejorados por la IA para la producción y evaluación de conocimiento académico” (mi traducción) que sean transparentes, justos y éticamente responsables. Esto implicaría una redefinición del papel del profesor, no solo como transmisor de información, sino como guía en la navegación de vastos paisajes de conocimiento generados por IA, y como facilitador del pensamiento crítico frente a la complejidad algorítmica. El gran desafío es resistir la presión para que la universidad se convierta en un proveedor de mano de obra y de datos. Su lugar en el futuro, si se quiere preservar su valor intrínseco, debe ser el de un centro de pensamiento independiente, donde se cultiven la imaginación, la creatividad y, sobre todo, la capacidad de hacer preguntas profundas que la IA, por sí sola, no puede formular, y que son la llave para no quedar encerrados en la jaula de la pura instrumentalidad. La persistencia de un ‘sentido de la comunidad’ y un ‘diálogo genuino’, valores que Readings (1996,

p. 180) veía en declive, serán esenciales para que la universidad no se convierta en una simple corporación de servicios educativos. La universidad debe reconfigurarse como un espacio donde la crítica no solo sea tolerada, sino activamente cultivada, permitiendo dismantelar las ilusiones de objetividad y neutralidad que los sistemas de IA pueden proyectar. Esto exige un compromiso con las humanidades y las ciencias sociales como fortalezas contra la reducción del saber a datos, y un énfasis en la formación de pensadores, no solo de operadores de algoritmos. Desde la perspectiva de Gadamer (2002), la “aportación productiva del intérprete forma parte inexorablemente del sentido de la comprensión” (p. 75). Esto no legitima el arbitrio subjetivo, ya que “el tema en cuestión —el texto que se quiere entender— es el único criterio que se hace valer” (p. 76). En el contexto de la IA, esto significa que la interpretación de los datos y los productos algorítmicos requiere una fusión de horizontes entre el conocimiento humano y el procesamiento de la IA, donde la precomprensión humana juega un papel activo en la indagación del contenido de un texto generado por IA. La ‘historicidad’ del ser humano, entendida por Gadamer como una “condición positiva para el conocimiento de la verdad” (p. 70), se vuelve crucial para contextualizar y criticar los resultados de la IA, resistiendo al ‘fantasma del relativismo histórico’ que una objetividad algorítmica aparente podría generar. Los desafíos ontológicos y epistemológicos que la IA presenta a la investigación académica exigen una redefinición fundamental del papel del investigador y de la universidad misma, priorizando la capacidad de juicio y la contextualización humana sobre la mera eficiencia algorítmica.

Formulación teórica: cocreación y trivialización

La formulación teórica, el corazón de la producción de conocimiento universitario, se encuentra en una encrucijada. Tradicionalmente, la teoría ha sido el dominio de la intuición humana, la síntesis creativa y la capacidad de abstraer patrones y relaciones a partir de la experiencia y los datos. Con la IA, especialmente con la ASI, surge

la pregunta de si las máquinas no solo pueden procesar datos, sino también generar hipótesis, identificar correlaciones inesperadas y, en última instancia, formular nuevas teorías. La noción de la IA como ‘co-creador’ (Amayreh y Amayreh, 2025, p. 478) sugiere que la formulación teórica no será completamente reemplazada, sino transformada en un proceso de colaboración. La IA podría realizar el ‘trabajo pesado’ de la minería de datos, la identificación de patrones sutiles y la generación de un vasto número de hipótesis, liberando a los investigadores humanos para el ‘filtro interpretativo’ y la validación ética. Esto podría acelerar la producción de conocimiento y abrir nuevas rutas de investigación que la cognición humana, por sí sola, no podría explorar. La capacidad de la ASI para la ‘programación generada por IA’ y la ‘IA multisensorial’ (IBM, s.f.) sugiere un futuro en el que la IA podría incluso proponer marcos conceptuales completamente nuevos, derivados de su capacidad para procesar y relacionar información a una escala sobrehumana.

Sin embargo, desde una perspectiva crítica, este ‘matrimonio’ entre la cognición humana y la artificial no está exento de peligros. Preston (2022, p. 2) argumenta que, si la IA está incrustada en las lógicas del capital, las teorías que co-cree podrían estar intrínsecamente sesgadas hacia la optimización, la eficiencia y el control, en detrimento de la justicia social, la equidad y la comprensión profunda. La ‘velocidad’ y el ‘volumen’ de la producción teórica asistida por IA podrían llevar a una trivialización de la teoría, donde la novedad superficial eclipse la profundidad conceptual y la relevancia social. Esta es la manifestación de la ‘jaula de hierro’ en la esfera de la formulación teórica: la racionalización de la creatividad y la profundidad, sustituyéndolas por una producción masiva, pero potencialmente vacía de significado o sesgada por intereses instrumentales. La teoría, que debería ser un faro para la comprensión compleja del mundo, podría convertirse en un mero producto optimizado por algoritmos, perdiendo su capacidad de desvelamiento y de cuestionamiento de las estructuras de poder. La hermenéutica gadameriana, al insistir en que el “sentido no se encuentra solo en la locución y en el escrito, sino en todas las

creaciones humanas” y que su “descubrimiento es una tarea hermenéutica”, nos alerta sobre el peligro de una formulación teórica meramente algorítmica (Gadamer, 2002, p. 78). El “lenguaje de la filosofía tiene siempre algo de inadecuado y persigue intencionalmente más de lo que cabe encontrar y de lo que se expresa verbalmente en sus enunciados”, explica Gadamer (p. 80). En ese sentido, si no son sometidas a una ‘reflexión hermenéutica’, las teorías generadas por IA podrían ser interpretadas como “marcas y señales fijas que designan algo unívoco”, cayendo en el “delirio de univocidad de una teoría del conocimiento unilateral, semántica”, y perdiendo la ‘dimensión hermenéutica’ del ‘gran diálogo’ en que consiste la filosofía (p. 80). La co-construcción teórica con la IA, si bien promete eficiencia, también conlleva el riesgo de trivializar el conocimiento y de sesgarlo hacia lógicas instrumentales, a menos que se ejerza una vigilancia hermenéutica constante.

Autoría, responsabilidad y ética en la IA

La autoría y la responsabilidad intelectual son cuestiones clave con la IA como “co-creador”. Si la IA es un co-creador, surge la pregunta de quién asume la responsabilidad por las implicaciones éticas o las imprecisiones de una teoría. La formulación teórica es un acto ético y social que requiere juicio, sabiduría y empatía, cualidades que la IA no puede replicar completamente. La búsqueda de una “Excelencia” sin contenido de Readings (1996, p. 21) se manifiesta en la irresponsabilidad epistémica: una teoría excelente en métricas, pero vacía de autoría humana y responsabilidad ética. La formulación teórica se convertirá en una danza entre la capacidad generativa de la IA y la supervisión crítica del intelecto humano. El desafío es asegurar que la IA potencie la creatividad en lugar de diluirla y que las teorías sirvan al bien común, evitando que la formulación teórica quede encerrada en una jaula de eficiencia. Esto exige una hermenéutica constante de los sesgos de la IA y la revalorización de las humanidades y ciencias sociales para interpretar el conocimiento de manera crítica.

Gadamer (2002) ofrece una clave con su concepto de “precomprensión”. Los prejuicios no son un obstáculo, sino “las condiciones que presiden siempre la comprensión” (p. 75). En el contexto de la IA, nuestros valores y preguntas permiten al intérprete humano dar sentido a lo que la IA genera. Gadamer enfatiza que el diálogo es el modelo básico del consenso y este requiere que ninguno de los interlocutores “crea absolutamente en una tesis superior a las otras” (p. 83). Esto implica que la universidad debe fomentar un diálogo crítico con las tecnologías sin adoptar una superioridad tecnocrática o una sumisión ciega a los algoritmos. La universidad debe asegurar que los desarrolladores y usuarios de IA estén liberados para el diálogo, permitiendo una autocrítica constante en la que sea posible “someter a examen la supuesta verdad propia” (p. 83), tanto humana como algorítmica. La autoría y la responsabilidad en la era de la IA no es una cuestión técnica, sino ética y filosófica que requiere un diálogo constante y una autocrítica por parte de la universidad.

Dimensión crítica: hermenéutica y resistencia

La idea de que la IA tome el control del conocimiento es una distopía potencial que exige una intensificación de la dimensión crítica. Si el conocimiento se convierte en un producto algorítmico, y su validación y circulación están mediadas por sistemas de IA, la función crítica de la universidad se vuelve indispensable como contrapeso y vigilante. Es precisamente aquí donde la lucha contra la ‘jaula de hierro’ algorítmica debe librarse. La hermenéutica de la sospecha, la lectura atenta de los textos (y, ahora, de los algoritmos) para desvelar sus intenciones ocultas, sus sesgos y sus agendas de poder, será el faro de la universidad para evitar la jaula. El documento de *New America* (s.f.) titulado “All Aboard: The Ethics of Campus AI and Higher Education’s New Trolley Problem” lo articula en la necesidad de ‘diseñar para la equidad y la colaboración ética’ y de salvaguardar la ‘libertad académica’. La dimensión crítica implica preguntar: ¿quién programa la IA?, ¿con qué datos se entrena?, ¿qué valores están incrustados en sus algoritmos?,

¿qué voces silencia y cuáles amplifica? La crítica se convierte en un acto de desvelamiento de los mecanismos de control y racionalización que la IA, bajo lógicas capitalistas, puede imponer. Cuando la IA asuma un rol central en la producción y gestión del conocimiento, la capacidad de ‘filtrar interpretativamente’ y de realizar una ‘validación ética y epistémica’ se convertirá en la función primordial del académico crítico. No bastará con comprender cómo funciona un algoritmo: será crucial interpretar sus implicaciones sociales, políticas y éticas. Esto significa que la ‘alfabetización en IA’ para los estudiantes no será solo una habilidad técnica, sino una competencia hermenéutica y crítica para ‘decodificar’ los productos de la IA y cuestionar su autoridad, buscando siempre las fisuras en la jaula de la racionalidad instrumental. La dimensión crítica también implicará desafiar la falacia de la neutralidad algorítmica. Preston (2022, p. 2) argumenta que la IA en la universidad capitalista no es una herramienta neutral, sino un mecanismo para intensificar la vigilancia y la mercantilización. Por lo tanto, la crítica debe exponer cómo la IA puede ser utilizada para perpetuar desigualdades existentes, monitorear el rendimiento académico de formas invasivas o incluso limitar la diversidad de pensamiento en aras de una supuesta ‘eficiencia’. Este es el acto de resistir la imposición de una lógica única y totalizante que busca atrapar el conocimiento y la vida académica en sus propios términos.

Aquí, la hermenéutica gadameriana se erige como una herramienta esencial. La ‘hermenéutica de la sospecha’ busca desvelar lo que el “símbolo quiere ocultar y enmascarar”, afirma Gadamer (2002, p. 84). Frente a la aparente objetividad y neutralidad de los algoritmos de IA, la universidad debe aplicar esta hermenéutica para identificar los sesgos, las intenciones ocultas y las lógicas de poder que pueden estar incrustadas en el código y en los datos de entrenamiento. El ‘conflicto de interpretaciones’ que Ricoeur explora, y que Gadamer critica por su ambigüedad en la definición de ‘símbolo’, se vuelve central. La universidad debe discernir entre la “comprensión de lo que el símbolo quiere significar” y “lo que quiere ocultar y enmascarar” (p. 84). La universalidad de la hermenéutica, que abarca no solo la

ciencia sino también el *sensus communis* y la conciencia práctica, permite a la universidad ir más allá de la mera tecnificación y abordar las implicaciones sociales y éticas de la IA. La hermenéutica filosófica, como “reflexión filosófica sobre los límites que encuentra el dominio científico-técnico de la naturaleza y de la sociedad”, razona Gadamer (p.84), es la defensa fundamental contra la ‘jaula de hierro’ algorítmica. Mökander y Schroeder (2024, p. 1372) refuerzan esta necesidad de la crítica al señalar que la búsqueda de que los sistemas de IA sean ‘justos, transparentes y responsables’ corre el riesgo de ‘exacerbar en lugar de aliviar’ las tensiones de la racionalización. Esto se debe a que estas propuestas se basan en la misma suposición moderna de que la ciencia puede ‘barrer con los sistemas opresivos’ y reemplazarlos con una ‘regla de la razón’. Para los autores, el problema no es que los sistemas de IA ‘no funcionen’, sino que funcionan ‘demasiado bien’ como herramientas de ‘racionalización instrumental’ (p. 1361). La crítica debe, por lo tanto, centrarse en “confrontar preguntas difíciles sobre qué [tipos de] criterios, motivaciones y evidencias deben considerarse legítimos [o al menos socialmente aceptables]”, afirman Mökander y Schroeder (2024, p. 1373; mi traducción). Esto implica que la universidad debe ir más allá de la mera implementación de buenas prácticas en IA, para cuestionar las propias bases normativas y los fines que se persiguen con la tecnología, tal como sugiere Gadamer al hablar de la autocrítica inherente a la comprensión. La hermenéutica de la sospecha se convierte en una herramienta indispensable para la universidad en la era de la IA, permitiéndole desvelar los sesgos y las lógicas de poder que subyacen a los algoritmos y resistir la imposición de una racionalidad instrumental totalizante.

Más allá de la jaula: conocimiento profundo y diálogo

Si la ASI (IBM, s.f.) llega a la existencia, su capacidad de ‘sabiduría social’ y ‘creatividad’ sobrehumana podría plantear el desafío más

grande a la dimensión crítica: ¿cómo se puede criticar o incluso comprender una inteligencia que opera a niveles que escapan a la cognición humana? Esto llevaría a la crítica a un nuevo nivel de meta-reflexión, donde se cuestionaría no solo el producto del conocimiento, sino la naturaleza misma de la inteligencia y el control que ejercemos sobre ella, así como las implicaciones de una potencial jaula que trasciende la comprensión humana. En este escenario, la universidad, como espacio para el debate libre y la indagación profunda, debe proteger y nutrir las humanidades, la filosofía, la sociología y otras disciplinas que cultivan la capacidad crítica, la empatía y el juicio moral. Estas disciplinas serán esenciales para evitar que la universidad se convierta en una mera incubadora de talentos técnicos sin conciencia, o en un eco de los dictados algorítmicos. La dimensión crítica será la armadura con la que la universidad y la sociedad se defenderán de una posible ‘toma de control’ algorítmica del conocimiento, asegurando que, incluso en un futuro dominado por la IA y bajo la amenaza de la jaula de hierro, la autonomía humana y la búsqueda de un bien mayor permanezcan en el centro de nuestra existencia. El desafío final es trascender la propia ‘Excelencia’ desvelada por Readings (1996, p. 21), buscando un propósito para la universidad que no sea meramente instrumental, sino intrínsecamente valioso para el florecimiento humano y la construcción de un conocimiento liberador.

En este punto, la ‘experiencia hermenéutica’ de Gadamer (2002), que “no implica ninguna pretensión previa de un saber” y mira con escepticismo “cualquier pretensión de un saber previo”, se convierte en una actitud fundamental. El ‘diálogo’ como “modelo básico de cualquier consenso” requiere que “el que comprende, no adopta una posición de superioridad, sino que reconoce la necesidad de someter a examen la supuesta verdad propia” (p. 63). Esto es vital frente a la verdad que pueda presentar la IA: la universidad debe someterla a un constante examen, reconociendo que la comprensión implica una autocrítica. La “historia del pensamiento confirma la antigua afinidad entre retórica y hermenéutica”, y la hermenéutica “excede a la mera retórica” al incluir “un encuentro con las opiniones del otro que se

verbalizan a su vez” (p. 83). La universidad, por tanto, no solo debe enseñar a decodificar los algoritmos sino a dialogar con ellos y con las implicaciones que generan, buscando el consenso posible que se basa en la liberación para la conversación. Este enfoque no busca una ciencia estricta en el sentido positivista sino una “integración de todos los conocimientos de la ciencia en el saber personal del individuo”, lo que Polanyi, citado por Gadamer, llamó ‘conocimiento personal’, y que Gadamer (2002, p. 79) ve como la tarea más importante de la hermenéutica filosófica. La universidad del futuro debe ir más allá de la mera eficiencia y la cuantificación, cultivando la sabiduría, el diálogo y la autocritica como pilares para resistir la instrumentalización algorítmica y asegurar el florecimiento humano.

Realidad universitaria y nueva cosmovisión

La realidad universitaria que se construirá a partir de la IA es multifacética y ambivalente. Por un lado, la IA promete una universidad eficiente y personalizada con acceso ilimitado al conocimiento y optimización de procesos académicos. Los sistemas de IA podrían adaptar contenidos a las necesidades de cada estudiante, prediciendo el éxito académico, mientras que la investigación se aceleraría al liberar a los investigadores de tareas rutinarias. Esta visión de la universidad algorítmica es la culminación de la racionalización weberiana, donde la eficiencia, calculabilidad y predictibilidad se convierten en valores supremos. El conocimiento se gestiona como un recurso, los estudiantes se vuelven clientes y los profesores proveedores de contenido, todo optimizado por algoritmos.

Sin embargo, esta realidad también conlleva riesgos y una posible cosmovisión deshumanizada. La obsesión por la eficiencia podría trivializar el conocimiento, sacrificando la profundidad por métricas medibles. La personalización algorítmica, si no se gestiona éticamente, podría limitar la exposición a ideas diversas, reforzando sesgos. La autonomía académica se vería erosionada por la vigilancia

algorítmica y la presión por ajustarse a los criterios de excelencia. La mercantilización del conocimiento se intensificaría, transformando la universidad en un actor más del capitalismo de datos. En este escenario, la universidad se convertiría en una “jaula de hierro” digital, donde la libertad intelectual está restringida por la lógica de los algoritmos. La cosmovisión resultante percibiría al ser humano como un productor de datos, subordinando la sabiduría y el sentido a la optimización y el control. En esta visión, la IA moldearía la realidad universitaria a su imagen algorítmica, con implicaciones para la autonomía, la creatividad y la ética en la academia.

La pedagogía en la era de la IA

La irrupción de la IA en el ámbito universitario exige una redefinición fundamental de la pedagogía, pasando de un modelo centrado en la transmisión de información a uno que priorice el desarrollo de habilidades críticas, éticas y de colaboración. En la universidad algorítmica, donde la IA puede acceder y procesar vastas cantidades de información de manera instantánea, el papel del profesor como mero transmisor de datos se vuelve obsoleto. La pedagogía debe evolucionar para centrarse en cómo los estudiantes interactúan con la IA, cómo interpretan sus resultados, cómo cuestionan sus sesgos y cómo utilizan estas herramientas de manera responsable para generar nuevo conocimiento. Esto implica un cambio de enfoque hacia el ‘aprender a aprender’, el ‘aprender a desaprender’ y el ‘aprender a reaprender’ en un entorno de cambio tecnológico constante. Los estudiantes necesitarán desarrollar una ‘alfabetización en IA’ que no solo abarque las habilidades técnicas para operar estas herramientas, sino también una profunda comprensión de sus implicaciones éticas, sociales y epistemológicas. Esto incluye la capacidad de identificar el ‘accidente original’ (Virilio, 2009) inherente a cada innovación tecnológica, y de discernir las lógicas de racionalización que subyacen a los sistemas de IA (Mökander y Schroeder, 2024, p. 1359).

La pedagogía en la era de la IA debe fomentar el pensamiento crítico y la ‘hermenéutica de la sospecha’ (Gadamer, 2002), capacitando a los estudiantes para analizar críticamente los productos de la IA, desvelar sus sesgos y comprender sus implicaciones no intencionales. Esto va más allá de la mera verificación de hechos y se adentra en la interpretación de los sentidos ocultos que los algoritmos pueden contener. El diálogo y la colaboración, tanto entre estudiantes y profesores como entre humanos y sistemas de IA, se volverán centrales. La “Interactive Theory of Artificial Intelligence in Academic Knowledge Production” (Amayreh y Amayreh, 2025, p. 478) propone un modelo de co-creación de conocimiento donde la IA actúa como un ‘amplificador cognitivo’ y la cognición humana como un ‘filtro interpretativo’, enfatizando la necesidad de una interacción dialógica y recíproca. Esto implica que la enseñanza ya no es un proceso unidireccional, sino un intercambio constante donde los estudiantes aprenden a conversar con la IA, a refinar sus preguntas y a interpretar las respuestas generadas por la máquina. La ética debe integrarse en todos los niveles de la pedagogía, desde el diseño de los currículos hasta la evaluación de los proyectos, asegurando que los estudiantes desarrollen un fuerte sentido de responsabilidad en el uso de la IA. La universidad debe cultivar un entorno donde se valoren las preguntas profundas, la creatividad y la capacidad de discernir el sentido en un mundo saturado de información algorítmica, resistiendo la tendencia a la trivialización del conocimiento y la instrumentalización del aprendizaje. La pedagogía en la era de la IA no es solo una cuestión de adoptar nuevas herramientas, sino de transformar la forma en que concebimos el aprendizaje y el papel del ser humano en la producción de conocimiento.

Resistencia a la instrumentalización

En el contexto de la ‘algoritmocracia’ y la amenaza de la ‘jaula de hierro’ algorítmica, las humanidades y las ciencias sociales adquieren un papel crucial como baluartes contra la instrumentalización

del conocimiento y la deshumanización de la universidad. Estas disciplinas, tradicionalmente centradas en la comprensión del ser humano, la cultura, la sociedad y el sentido, son esenciales para desarrollar una crítica profunda de la IA y sus implicaciones. Mientras que las ciencias duras y la ingeniería se enfocan en el desarrollo y la aplicación de la IA, las humanidades y las ciencias sociales tienen la tarea de interrogar sus fundamentos éticos, epistemológicos, sociales y políticos. Esto incluye el análisis de los sesgos algorítmicos, las cuestiones de autoría y responsabilidad, el impacto en la autonomía humana y en la libertad académica, y la forma en que la IA puede perpetuar o exacerbar desigualdades existentes. La ‘hermenéutica de la sospecha’ (Gadamer, 2002) se convierte en una herramienta metodológica indispensable para estas disciplinas, permitiéndoles desvelar las intenciones ocultas, los intereses de poder y las lógicas de racionalización que subyacen a los sistemas de IA.

La filosofía, la historia, la sociología, la antropología, la literatura y el arte, entre otras disciplinas, ofrecen las herramientas conceptuales y metodológicas para comprender la complejidad de la interacción entre humanos y máquinas, y para resistir la reducción del saber a meros datos procesables. Estas disciplinas deben revalorizar el diálogo, la deliberación y el pensamiento complejo como antídotos contra la velocidad y la inmediatez impuestas por la IA (Koselleck, 2003, p. 11, pp. 37-39; Virilio, 2009). Además, tienen la responsabilidad de explorar las posibilidades de una ‘co-creación’ de conocimiento con la IA que sea ética y humanista, asegurando que la tecnología sirva como un amplificador del intelecto humano, en lugar de subyugarlo (Amayreh y Amayreh, 2025, p. 478). El papel de estas disciplinas es crucial para asegurar que la universidad no se convierta en una mera ‘corporación transnacional’ orientada a la ‘excelencia’ vacía (Readings, 1996, p. 21) sino que preserve su misión de cultivar la sabiduría, la crítica y el florecimiento humano en la era algorítmica. La resistencia a la instrumentalización de la universidad por la IA depende en gran medida de la capacidad de las humanidades y las ciencias sociales para mantener y fortalecer su dimensión crítica y humanista.

Cosmovisión y llamado a la acción

La universidad enfrenta el reto de adaptarse a la era de la IA sin perder su esencia crítica y humanista. La “jaula de hierro” algorítmica, impulsada por la lógica de la eficiencia, amenaza con reducirla a un centro de datos. Sin embargo, ideas como la de Koselleck (2003, p. 11) de “ralentizar el ritmo frenético” y la crítica de Virilio (2009) a la velocidad, sugieren que la universidad puede resistir. Al priorizar la autonomía intelectual y el diálogo, puede redefinirse como un laboratorio ético de la IA, formando pensadores críticos.

La cosmovisión que emerge es ambivalente. Si prevalece la instrumentalización, la universidad podría convertirse en un apéndice del capitalismo de datos. En esta visión, el valor se reduce a métricas de eficiencia, y la “Excelencia” vacía de contenido, como avizoraba Readings (1996, p. 21), se convierte en la ideología perfecta para esta universidad deshumanizada. No obstante, la perspectiva crítica y hermenéutica, enriquecida por autores como Koselleck (2003), Virilio (2009), Popper (1994), Wittgenstein (Molino y Tagliabue, 2023, p. 3), Gadamer (2002) y Mökander y Schroeder (2024, p. 1359), subraya una cosmovisión alternativa.

Esta visión implica una universidad que, consciente de la “aceleración” y los “accidentes originales”, cultiva la reflexión profunda sobre la IA y su impacto en el “mundo 3” del conocimiento (Ziosi, 2018, p. 2). Al priorizar la validación ética y la interpretación crítica, la universidad puede reafirmar su papel como vigilante de la sabiduría y la creatividad. La hermenéutica de Gadamer proporciona la base para esta resistencia, al enfatizar la aportación productiva del intérprete y el “diálogo” como modelo de comprensión. La hermenéutica filosófica de Gadamer (2002) recuerda que “toda labor de conceptualización persigue en principio el consenso posible” (p. 82) que es la base para una universidad que cultive la sabiduría crítica. El futuro de la universidad dependerá de su capacidad para trascender la “Excelencia” vacía y fomentar un conocimiento liberador, usando

la tecnología como un amplificador del intelecto humano y no como una brújula de instrumentalidad.

Conclusiones: la universidad como espacio de sentido

La universidad se encuentra en una encrucijada existencial. La promesa de la IA de una eficiencia y productividad sin precedentes es tentadora, pero encierra la doble amenaza de una instrumentalización radical y la obsolescencia de los sistemas de evaluación actuales. La “algoritmocracia” es una tendencia en marcha, donde la racionalización weberiana se intensifica a través de algoritmos. La universidad, en este escenario, corre el riesgo de convertirse en una “fábrica de datos”. Sin embargo, la historia de la universidad muestra su capacidad de adaptación y resistencia, y el advenimiento de la IA podría ser la fuerza que la obligue a confrontar la banalidad de las métricas de ‘excelencia’ y a redefinir el valor del conocimiento en términos cualitativos. La hermenéutica emerge como la defensa fundamental contra esta doble amenaza. Al enfatizar la interpretación profunda y el diálogo ético, la hermenéutica permite a la universidad desvelar los sesgos de la IA y reafirmar la primacía del juicio humano, navegando la tensión entre la intensificación y la ruptura. Solo así podrá trascender la ‘excelencia’ vacía y reafirmar su misión de fomentar un conocimiento liberador y la realización humana.

Referencias bibliográficas

- Amayreh, A. y Amayreh, M. (2025). The interactive theory of artificial intelligence in academic knowledge production. *International Journal of Academic Research in Business & Social Sciences*, 15(5), 794-811. <http://dx.doi.org/10.6007/IJARBS/v15-i5/25468>
- Bostrom, N. (2014). *Superintelligence: paths, dangers, strategies*. Oxford University Press.
- Gadamer, H. G. (2002). Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica. En *Antología hermenéutica*. Sígueme.
- IBM. (s.f.). *What Is Artificial Superintelligence?* IBM Think. <https://www.ibm.com/es-es/think/topics/artificial-superintelligence>
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Pre-Textos.
- Molino, P. y Tagliabue, J. (2023). Wittgenstein's influence on artificial intelligence. *arXiv:2302.01570*. <https://doi.org/10.48550/arXiv.2302.01570>
- Montgomery, R. M. (2025). Ontological and epistemological challenges in contemporary multidisciplinary research: towards an AI-enhanced framework for academic knowledge production and evaluation. *Preprints.org*.
- Mökander, J. y Schroeder, R. (2024). Artificial intelligence, rationalization, and the limits of control in the public sector: the case of tax policy optimization. *Social Science Computer Review*, 42(6), 1359-1378. <https://doi.org/10.1177/08944393241235175>
- Popper, K. R. (1994). *El universo abierto: un argumento en favor del indeterminismo*. *Post scriptum a la lógica de la investigación científica*, II. 2da ed. W. W. Bartley III (ed.). M. Sansigre (trad.). Tecnos.
- Preston, J. (2022). *Artificial intelligence in the capitalist university: academic labour, commodification, and value*. Routledge.
- Readings, B. (1996). *The university in ruins*. Harvard University Press.

- Saubestre, S. y Yong, J. (2025). All aboard: the ethics of campus AI and higher education's new trolley problem. *New America*. <https://www.newamerica.org/oti/briefs/new-trolley-problem/>
- Virilio, P. (2009). *El accidente original*. Amorrortu.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Ziosi, M. (2018). *The three worlds of AGI. Popper's theory of the three worlds applied to artificial general intelligence*. LSE Research Online.